

Guido Pagliarino

LA FURIA DE LOS ***INSULTADOS***

Novela histórica



E-BOOK



TEKTIME

Guido Pagliarino

La Furia De Los Insultados

«Tektime S.r.l.s.»

Pagliarino G.

La Furia De Los Insultados / G. Pagliarino — «Tektime S.r.l.s.»,

ISBN 978-8-87-304939-5

ISBN 978-8-87-304939-5

© Pagliarino G.
© Tektime S.r.l.s.

Содержание

Prólogo del autor	7
Capítulo 1	8
Capítulo 2	11
Capítulo 3	15
Capítulo 4	22
Capítulo 5	24
Capítulo 6	27
Конец ознакомительного фрагмента.	31

Guido Pagliarino

La Furia de los Insultados

Novela histórica

Copyright © 2018 Guido Pagliarino - All rights reserved

Book published by Tektime

Tektime S.r.l.s. - Via Armando Fioretti, 17 - 05030 Montefranco (TR) - Italy

Guido Pagliarino

La Furia de los Insultados

Novela histórica

Distribución Tektime

Copyright © 2018 Guido Pagliarino

Traducción del italiano al español de Mariano Bas

Título de la obra original en italiano: *L'ira dei Vilipesi*.

Ediciones de la novela en italiano:

Libro electrónico (e-book) en diversos formatos, copyright © 2018 Guido Pagliarino, distribución Tektime

Libro en papel, copyright © 2017 hasta el vencimiento del contrato Genesi Editrice, via Nuoro 3, 10137 Torino, sitio <http://www.genesi.org/> libro en papel *L'ira dei vilipesi* <http://www.genesi.org/scheda-libro/guido-pagliarino/lira-dei-vilipesi-9788874146314-471023.html>

Los derechos de traducción del italiano a otros idiomas y de publicación en formato papel, gráfico-electrónico, audiolibro y cualquier otra forma y los derechos de difusión también en radio, cine y televisión y cualquier otra forma son en exclusiva Copyright © di Guido Pagliarino. Los derechos de distribución en todo el mundo en los diversos formatos electrónicos y papel de esta traducción en español han sido asignados por el autor a Tektime S.r.l.s.

Las imágenes de la portada del e-book y del libro en papel, tanto en italiano como en las traducciones, han sido realizadas electrónicamente por el autor.

Los personajes, acontecimientos, nombres de personas, entidades y empresas y sus locales que aparecen en la novela, aparte de las personas y los acontecimientos que forman parte de la Historia, son imaginarios; cualquier referencia a la realidad pasada y presente es casual y completamente involuntaria.

Índice

[Prólogo de l autor](#)

[Guido Pagliarino La Furia de Los Insultados -Novela histórica](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

Prólogo del autor

Esta obra es un fresco histórico y social con aspectos policíacos. Está ambientada en Nápoles, sobre todo en 1943, durante esos Cuatro Días en que la ciudad se liberó por sí misma de la ocupación nazi. Junto a los personajes de carne y hueso hay un actor abstracto: el furor es también protagonista, tanto la ira colectiva que estalla sobre el campo de batalla y tiene por corolario, por la parte vencedora, violaciones y otras bestialidades, como, paralelamente, la cólera que se expresa en la rebelión particular ante unos abusos de la autoridad ya insostenibles. Si un pueblo oprimido puede rebelarse y levantarse con pleno derecho y si, como admitió además Santo Tomás de Aquino, puede consentirse el asesinato del tirano cuando no queda otra vía para recuperar la libertad que el propio Dios ha concedido al ser humano, ¿es lícito o no matar a un mafioso al que la justicia no consigue atrapar y castigar y que continúa intimidando, explotando y asesinando al prójimo en su barrio? ¿Es culpable quien, no teniendo otra defensa posible, recurre a una defensa extrema? Y, si es que sí, ¿hasta qué punto? Este es el dilema privado que recorre la novela, a través de la historia pública de la rebelión de Nápoles contra los invasores alemanes. La historia empieza con la muerte violenta de Rosa, prostituta rica y estraperlista, además de confidente de la policía fascista. Gennaro, su presunto asesino, es detenido e interrogado inútilmente por un todavía inexperto subcomisario, Vittorio D'Alaizzo. Muy poco después será el 26 de septiembre de la insurrección que pasará a la historia como los Cuatro Días de Nápoles. Se unen a ella el propio subcomisario y, extrañamente liberado por el jefe de policía en persona, el presunto asesino de Rosa. También participa en la lucha la joven Mariapia, que, después de haber sufrido una violación múltiple por parte alemana, clama venganza. En un determinado momento de la obra, Gennaro resulta ser su pariente. En el curso de los enfrentamientos se produce otro homicidio que, al menos en apariencia, como pasó con la muerte de la prostituta, no está relacionado con la revuelta: la víctima es un estancero, pariente de Mariapia, a quien alguien ha degollado mientras estaba defecando, cortándole luego los testículos. Los dos muertos parecen relacionarse hasta cierto punto, ya que los muertos no solo estaban ambos ligados a la Camorra, sino también a los servicios secretos estadounidenses de la OSS. Entre un combate y otro entran en escena diversos personajes, como los padres de la joven Mariapia, su hermano paracaidista, ya dado por desaparecido en África en El Alamein, pero que reaparece vivo y muy activo, el voluntarioso forense Palombella, el gordo y flemático mariscal Branduardi, el valeroso subjefe Bollati y, personaje secundario, pero esencial, el anciano reparador de bicis Gennarino Appalle, que descubre el cadáver del estancero y, al final de un enfrentamiento entre insurgentes y SS alemanes en la calle delante de su tienda, sale a la calle y encuentra jadeante al subcomisario D'Alaizzo, que ha participado en el enfrentamiento junto con su ayudante, el impetuoso brigada Bordin. El estancero había sido una mala persona, en su momento mató de la Camorra y, después de que un accidente que había minado su capacidad de repartir porrazos, había quedado a disposición su jefe criminal, custodiando en un sótano los productos del contrabando en el mercado negro y, después de que la Camorra contactara con los servicios de la OSS, armas estadounidenses destinadas a los insurgentes. En relación con la muerte de la prostituta, el desenlace se produce a mitad de la obra. En cuanto a la identidad del asesino del estancero, continúan durante mucho tiempo las investigaciones de Vittorio, entre las vicisitudes de los demás personajes, hasta el punto de que la persona autora del crimen solo se desvela con certeza en 1952, justo al final del último capítulo.

[Guido Pagliarino](#)

[La Furia de los Insultados](#)

[Novela histórica rica](#)

Capítulo 1

Le detuvieron los agentes de una camioneta de patrulla de la Seguridad Pública al final de la tarde del 26 de septiembre de 1943, acusado del asesinato de una tal Rosa Demaggi, una atractiva rubia teñida, de unos treinta años, prostituta acomodada y contrabandista al por menor: el hombre, con fuerte acento partenopeo, rostro cuadrado, constitución robusta, delgado, aparentaba unos cuarenta años, medía 1,78, estatura por encima de la media en esos tiempos de extendida malnutrición, calvo en las sienes, la frente y lo alto de la cabeza y en torno a la nuca tenía una semicorona baja de pelo oscuro y muy recortado. Vestía un mono y una camisa de franela, ambos de color azul y guantes ligeros de lana de color verde grisáceo.

La brigada de las buenas costumbres de Nápoles sabía que Rosa Demaggi se prostituía en su domicilio, en la plazuela del Nilo, con hombres acaudalados. Hasta el 25 de julio, había concedido sus favores también a los dirigentes fascistas y, después del armisticio, cuando la ciudad bajo la bota alemana, se había entregado a los oficiales de la Wehrmacht y la Gestapo. Por investigaciones coordinadas anteriores, se sabía en las secciones de Buenas Costumbres e Ilícitos Comerciales, esta creada después del inicio del conflicto para combatir el mercado negro, que Demaggi, hasta el verano de 1940, había solicitado a cambio, preferentemente, productos alimentarios, cigarrillos y bebidas alcohólicas, para hacer pequeños estraperlos. Y se sabía que pronto había ampliado el negocio con almacenistas cercanos a la camorra. Por eso las patrullas de vigilancia habían recibido la orden de controlar su casa, además de otras. Sin embargo, con discreción, debido a los contactos éticos de Demaggi con los oficiales ocupantes y considerando que, después del 25 de julio, cuando se disolvió la OVRA¹ y se abrió su archivo secreto, se descubrió que la mujer había sido contratada como confidente y había pasado información política obtenida de clientes bajo las señas, incluidos altos mandos. Por tanto, se suponía que, después del armisticio y la ocupación alemana, había iniciado una venta de información a los oficiales de la Gestapo que la frecuentaban.

Poco antes de la detención del sospechoso, en torno a las 20 y 30 y sin que faltara media hora para el toque de queda, transitando la camioneta de la policía por la plazuela del Nilo, el comandante al mando vio a ese individuo con ropa de paisano entrando sin llamar al apartamento del piso bajo, por una puerta dejada abierta por alguien, en la pequeña casa en la que la mujer era la única que vivía en la planta baja. De espaldas al vehículo, el hombre no se dio cuenta de la vigilancia de la patrulla. Tras entrar, no cerró del todo la puerta, sino que la dejó entreabierta. El comandante supuso que tal vez estuviera implicado, como Demaggi, en el mercado clandestino y la había dejado abierta para que llegaran otros implicados: no cerrar la puerta hacía que pareciera improbable que se tratara de un cliente sexual, sin contar con la ropa sospechosa del hombre y las tarifas notoriamente elevadas de la prostituta. El responsable había indicado al conductor que le llevara delante de la casa. Los agentes, salvo el conductor, descendieron y entraron en el apartamento. El sospechoso fue sorprendido en la entrada, junto a esta, en pie junto a Rosa Demaggi, que, lamentándose débilmente y en estado de semiinconsciencia, yacía en tierra con un hematoma sangrante en la nuca, consecuencia evidente de un golpe contra una consola, entrando a la izquierda, que presentaba una mancha de sangre. Rosa Demaggi expiró pocos segundos después de la entrada de los agentes. Considerado culpable de haber agredido a la mujer, el hombre del mono fue esposado. El jefe de patrulla le dijo:

«Has entrado con la intención de matarla y te han bastado muy pocos segundos para despacharla: estaba a la entrada esperando, se fiaba de ti, porque la puerta estaba abierta. Sin embargo, tonto, inesperadamente, sin darle tiempo a huir, le has dado un fuerte golpe en la cabeza contra el mueble para matarla. Esperabas largarte de inmediato, de hecho, no has cerrado la puerta al entrar para no perder el tiempo en abrirla al salir. La has cerrado detrás de ti en

cuanto salieras y adiós, quien sabe quien y cuando encontrarla el cadáver. No suponías que estábamos cerca: querías que pensáramos en un accidente, pero te ha salido mal.

El comandante supuso que la había matado con premeditación por razones relacionadas con el mercado negro, tal vez por su propio interés, tal vez por encargo de terceros. Que se trataba de un homicidio voluntario se deducía del hecho de que el hombre llevaba guantes de lana a pesar del tiempo todavía caluroso: «Con el fin de no dejar huellas», había pensado de inmediato. En ese momento el sospechoso, en plena confusión mental por la inesperada intervención de los agentes, no supo cómo responder. Como se podía observar de cerca, no solo llevaba ropa de obrero, sino que estaba también gastada y bastante sucia, así que el comandante estaba convencido de que no podía tratarse de un cliente sexual de la mujer y por otro lado el hombre no llevaba dinero, como se observó al registrarlo. No llevaba ni siquiera documento de identidad, pero sí una licencia de conducir, en la que constaba que había nacido en Nápoles hacía 42 años, que vivía en el barrio de Santa Luciella y que se llamaba Gennaro Esposito, nombre y apellidos por cierto muy comunes en la Campania y sobre todo en Nápoles, que podrían ser falsos, igual que la licencia de conducir. Todos sabían en la comisaría que los delincuentes, en especial la Camorra, usaban tipógrafos muy hábiles en las falsificaciones. El jefe de patrulla no dio una gran importancia al documento.

Llamó a la sala operativa de la Central, a través de la radio de la camioneta, y refirió lo acaecido. La Sección de Delitos de Sangre avisó por teléfono a la centralita del depósito de cadáveres, pidiendo que se mandara a casa de la muerta, para las primeras investigaciones, al forense de servicio, que en ese turno era el doctor Giovampaolo Palombella, un sesenta de pelo gris largo y espeso, generalmente muy despeinado, alto, fibroso y, tal vez a causa de sus más de treinta años de inclinarse sobre cadáveres a diseccionar, un poco torcido. Al mismo tiempo, se había enviado a la casa de la víctima un suboficial, un tal Bruno Branduardi, un hombre bajo, obeso y tranquilo, cerca de la jubilación, para que inspeccionara, escuchara a los agentes de la patrulla y al médico y anotase todo en su libreta para referirlo al volver al superior de turno.

El suboficial llegó a la plazuela del Nilo en su lenta motocicleta modelo La Piccola Italiana,² que, de tan flaca como era, parecía soportar mal el gravoso peso de aquel hombre pletórico. En primer lugar prestó atención a los agentes, luego al médico forense, que llegó poco después de él, con dos ayudantes, en un furgón para el transporte de cadáveres. El forense excluyó el suicidio y consideró posible un accidente, dado que el golpe, a primera vista, no parecía haber sido muy violento. Sin embargo, no descartó el homicidio, reservándose ser más preciso después de la autopsia. El mariscal tomó nota, añadiendo en su cuaderno, como comentario, que en su opinión no había sido algo casual sino un homicidio y que, en su opinión, el detenido era el asesino. En realidad, aceptó sencillamente lo que había supuesto y referido el comandante. Se levantó el cadáver y se cargó en el furgón por los camilleros, para llevarlo al depósito, donde sería sometido a la autopsia. Por parte del Branduardi, después de inspeccionar someramente el apartamento y constatar que no había nadie, ordenó a los agentes precintar la puerta de entrada, llevar al detenido a la comisaría y encerrarlo en una celda, a la espera de que se nombrara un comisario para el interrogatorio. En aquellos tiempos la ley no preveía la intervención de un magistrado, ni en el lugar del delito, ni durante el interrogatorio del funcionario de policía al detenido, que se producía sin la presencia de su abogado. El juez instructor intervenía después si el comisario investigador, valiéndose de la referida autopsia y habiendo interrogado al sospechoso, consideraba que se trataba de un homicidio e informaba a la procuraduría del reino. Por el contrario, en caso de caso fortuito, la investigación, supervisada por el subjefe de policía, sencillamente se archivaba sin actuación judicial.

Branduardi siguió al furgón, quedando sin embargo atrás por la baja velocidad de la motocicleta ya vieja y estropeada. A la llegada, mientras el detenido estaba ya en la celda, el mariscal subió a su despacho en la Sección de Delitos de Sangre en el segundo piso, espacio que compartía con un brigada y un agente dactilógrafo y se preparó con calma un café de guerra, un

sucedáneo, con su máquina napolitana que tenía en el armario junto a un hornillo eléctrico de incandescencia. Se lo tomó muy caliente después de endulzarlo con una pastillita de sacarina, no porque fuera diabólico, sino porque el azúcar, desde que empezó la guerra, era imposible de encontrar para los mortales comunes. Luego se fumó un cigarrillo Serenissima Zara con una calma casi celestial, saboreándolo hasta casi la colilla que, en las últimas dos caladas, había sostenido pinchándola con un alfiler, como solían hacer no pocos fumadores en esos tiempos de carestía y cigarrillos sin filtro, y finalmente, con paso desganado, llevó el folio con el informe, no más de veinte metros en la misma planta, a uno de los subcomandantes de la Sección de Delitos de Sangre, un tal comisario jefe Riccardo Calvo, que estaba de turno aquel día hasta la medianoche. A las cero y unos pocos segundos, Branduardi se fue a casa a dormir y, poco después, también Calvo después de haber dejado el informe del suboficial sobre la mesa de su igual entrante, el doctor Giuliano Boni.

El hombre con el mono iba a continuar encerrado en la celda.

Finalmente, por orden del comisario jefe Boni, el caso de Rosa Demaggi fue asignado a un casi imberbe subcomisario que estaba de servicio a medianoche, Vittorio D'Alaia, con una experiencia de menos de un año en la Seguridad Pública y, desde el primer día, asignado a la compleja Sección de Delitos de Sangre.

Eran cerca de las tres de la madrugada del 27 de setiembre de 1943 y estaba a punto de iniciarse la insurrección que la historia recuerda como los Cuatro Días de Nápoles: la olla a presión de la muy acosada ciudad estaba hirviendo y la temperatura ya había llegado a tal grado que al ocupante alemán le habría resultado imposible impedir la ardiente erupción.

Capítulo 2

El sentimiento del pueblo de Partenope permaneció oculto para el despectivo invasor nazi y el miedo que estos intentaban difundir en la ciudad había generado un valiente fervor y un deseo de rebelión. Facimmo uerra a chilli strunzi zellosi³ era ya el sentimiento de numerosos napolitanos, con la sensación de que, san Gennaro aiutanno!⁴ serían liberados y por fin la paz sería completamente real y dejaría de ser una ilusión nacida y muerta un par de meses antes.

El 25 de junio, Italia estaba exultante por la caída en desgracia del régimen, que parecía definitiva, con Mussolini desautorizado por el mismo Gran Consejo del Fascismo y hecho arrestar por el rey, y con el nuevo gobierno Badoglio ya no fascista, aunque no elegido democráticamente. Pero sobre todo la perspectiva de que el conflicto podría terminar era lo que alegraba a la nación. Sin embargo, muy pronto en la ciudad se alzaron lamentaciones que en Nápoles habían presentado tonos pintorescos a lo largo de las calles y en la oscuridad de los comercios, como: Chillo capucchinello po Guvirno⁵ o maresciallo Italia Badoglio Pietro, gran generalone! ha fatto di Dio, tamo, tamo,⁶ «La guerra continua»: strunze e morda!⁷ Luego estaban los que puntualizaban: Nossignori, strunzi noi ati a penza che nun marescialone vulisse pace!⁸, que se vaya a tomar por! Con el armisticio de Cassibile, firmado entre Italia y los angloamericanos el 3 de setiembre y que debía haber permanecido secreto hasta el reajuste de las fuerzas armadas italianas para poder contener al vengativo antiguo aliado, pero que había sido hecho público el día 8 por los vanidosos generales vencedores, cayó sobre Italia, a través del Brennero, un mal peor que el anterior: muchas divisiones germánicas nuevas, aguerridas y con sed de venganza se unieron a las tropas alemanas ya presentes en el territorio. «¿Por qué?», se preguntaban los italianos más avisados, «los gobernantes y jefes militares no han sabido preparar a tiempo un plan de emergencia a pesar de que era probable desde hace tiempo este movimiento del enemigo? ¿Con las fuerzas del implacable antiguo aliado ya en casa?» Después del 8 de setiembre, el rey sus ministros solo habían sabido huir hacia el sur, a Brindisi, aprovechando que la primera división aerotransportada inglesa estaba a punto de capturar esa ciudad, la cual, a diferencia de las demás, estaba casi desprovista de tropas alemanas, y contando con el hecho de que los angloamericanos, una vez conquistada Sicilia, estaban invadiendo el resto de las regiones meridionales de la península.⁹ A duras penas, el soberano, sus secretarios de estado y el general Mario Roatta, defensor fallido de Roma, abandonada a la iniciativa desordenada e inútil de los comandantes de sección, habían abandonado la capital para llevar trono, gobierno y alto mando a Brindisi, bajo la protección de sus antiguos enemigos, dejando sin ordenes a las tropas italianas en diversos frentes extranjeros y en Italia, a merced del potente ejército alemán. Después del anuncio oficial del armisticio por parte italiana, realizado personalmente por Badoglio a las 19:37 del 8 de setiembre, el alemán, gracias a los refuerzos aportados con rapidez, había quedado como dueño incontestable desde los Alpes hasta la ciudad de Nápoles incluida, mientras la provincia de Salerno se convertía en zona de combate para el desembarco angloamericano del día 9. La céntrica de los partenopeos, ya grande por la guerra padecida, se convirtió en fiebre: las tropas habían tenido que aguantar durante más de tres días la entrada a traicionada e improvisada del régimen en el conflicto, el 10 de junio de 1940, apoyando a la Alemania nazi. Nápoles fue bombardeada sistemáticamente por los ingleses y poco después por los estadounidenses, con ciento cinco incursiones hasta el armisticio, todas con disparos que hacían a veces un edificio tras otro, con un gran número de muertos, heridos y mutilados y multitudes de familias sin casa. No se perdonó ni un solo barrio, también porque los dirigentes políticos y militares fueron incapaces de disponer defensas antiaéreas adecuadas, depositadas casi todas, de modo improvisado, en los

barcos de guerra fondeados en el puerto. Y además el hambre, esa hambre oscura y sorda que hace que te tiemblen las piernas. Tras haberse esfumado la ilusión de paz del 25 de julio, hubo más nubes de bombas sobre la ciudad y carestía absoluta y enfermedades, con muertos por falta de medicinas. Hasta el 9 de septiembre, Nápoles soportó los males materiales por parte alemana, entre ellos daños muy graves en el puerto, y sufrió redadas y fusilamientos, no solo de militares italianos desbandados, sino también de civiles. También los fascistas, un par de semanas después del 8 de septiembre, aunque fuera a través de subordinados, habían tomado posesión de la ciudad, renacidos de sus tumbas políticas y convertidos al recién nacido Estado Nacional Republicano (pronto República Social Italiana) constituido el 23 de ese mes por Hitler en persona, poniendo al mando al desanimado y resignado Mussolini, a quien, el día 12, paracaidistas alemanes habían liberado del refugio-albergue de Campo Imperatore en el Gran Sasso, arresto domiciliario al que le habían relegado el rey.

La tradicional dureza borbónica alemana se convirtió, si es que eso era posible, en todavía más bárbara, porque habían ataques aislados de ciudadanos con el apoyo de los marinos de los barcos fondeados en la Regia Marina: se trataba de una primera resistencia esporádica espontánea, todavía no relacionada con los partidos adversarios del nazifascismo, una rebelión iniciada en la calle de Santa Brigida, donde, en la mañana del 9, una treintena de residentes atacaron a una escuadra de la Wehrmacht, después de que uno de esos soldados, como si practicara el tiro al blanco en una feria, disparara con su fusil de ordenanza Mauser Kar 98k a un mozo indefenso de doce años en una tienda, que se encontraba fuera del local para tomar un poco el sol.

Se habían unido aquel grupo de partenopeos humillados el joven subcomisario del que ya hemos hablado de pasada, Vittorio D'Alaizzo, que andaba por las inmediaciones cuando el soldado alemán apuntó y disparó contra el joven: el joven oficial de la seguridad pública, muy indignado, disparó sin apuntar, desde una esquina, hacia el grupo alemán con su Beretta M34 de ordenanza, vaciando el cargador y matando a dos soldados. Luego desapareció por un callejón lateral, no tanto por miedo al enemigo, sino por temor a tener problemas o algo peor con sus superiores.

Mientras huían, aquellos de la treintena de civiles indignados presentes que tenían navajas en los bolsillos, es decir, casi todos, las empuñaron y la masa, encendida por el furor de la visión de los cadáveres enemigos y la imagen del suntuoso guaglio¹⁰ que, herido en la arteria femoral, agonizaba rápidamente, se abalanzó sobre el resto de la escuadra alemana lanzando gritos bestiales. Primero, tres de los indignados degollaron, destriparon y evisceraron al soldado que había disparado, un soldado recibió un puñetazo en la nariz por un atacante que carecía de arma blanca y recibió por parte de otro que tenía a sus espaldas una cuchillada que le dejó herido con un tajo horizontal en las nalgas. Casi todos los soldados sufrieron golpes y heridas en brazos y rostro, el peor perdió la nariz. Ningún alemán pudo disparar ni una sola vez contra la horda enardecida y rápidamente, con sus sargentos a la cabeza, la escuadra huyó abandonando su arrogancia sobre el empedrado. Los fusiles y las bombas de mano de los asesinados y los fusiles caídos por tierra de los heridos más graves fueron recogidos y ocultados en las casas. Se usaron pronto para liberar la ciudad. Los tres cadáveres se llevaron a santos y allí fueron desmembrados, los pedazos se desmenuzaron y se sepultaron en diversos lugares de la zona. Luego se murmuró, ¿verdadero o falso?, que, sin embargo, algún buen pedazo de nalga acabó asado en algún vientre desnutrido. Las mujeres de los impios rebeldes lavaron la calle, con gran cuidado, hasta el punto de que nunca habían estado tan bonita.

Al mismo tiempo, en otra zona de Nápoles, de una manera completamente independiente, un grupo de improvisados combatientes atacó a un grupo de gastadores alemanes, que trataban de ocupar la sede de la compañía telefónica, y los puso en fuga. El pelotón alemán se vengó capturando y fusilando un poco más allá a dos carabineros que estaban en servicio de patrulla. No mucho después, toda la compañía alemana de atacantes fue sorprendida delante del edificio telefónico y se dio cuenta rápidamente de la insurgencia que había allí. Así que, en contra de

los propósitos de los nazis, aumentó todavía más la cólera de los napolitanos humillados y, al día siguiente, a los pies de la colina de Pizzofalcone, entre la Plaza del Plebiscito y los jardines correspondientes, hubo una verdadera batalla, iniciada por algunos marineros con sus mosquetes y bombas de mano, y auxiliados por muchos civiles armados con metralletas MP80 y granadas del modelo 24, robadas a los ocupantes el día anterior, y con improvisados cteles Molotov. Los rebeldes impidieron el paso de toda una columna de camiones y camionetas alemanes. Hubo seis muertos, entre marineros italianos que combatieron en primera fila y otros tantos soldados alemanes, además de muchos heridos por ambas partes.

A esto le siguieron duras medidas y graves represalias alemanas, por orden del nuevo comandante de la ciudad, el coronel Walter Scholl, que, el día 12, asumió oficialmente el poder absoluto de la plaza. Una proclama suya impuso la requisita de las armas, salvo para las fuerzas de la seguridad pública, el toque de queda a las 21 horas y el estado de excepción en toda la ciudad, mientras se fusilaba no solo a los militares y civiles que habían hecho prisioneros, sino también a diversos ciudadanos detenidos al azar.

Los alemanes se desataron del todo el día 12, saqueando, destruyendo e incendiando. Lo primero que ardió fue la universidad, después de haber fusilado antes a un indefenso marinero italiano y obligado los ciudadanos presentes, no solo a ver la ejecución, sino incluso a aplaudirla. Hasta el 25 de setiembre, aunque después de los primeros días la ciudad no se levantara abiertamente contra los ocupantes, las patrullas alemanas capturaban a cualquiera que, no siendo policía, fuera sorprendido en la calle con un informe italiano o, vestido de civil, fuera considerado como sospechoso.

Niños callaba, pero bullía y se preparaba para la rebelión. En particular, los militares desarmados se habían unido uno a uno a los miembros de los partidos antinazifascistas y se habían ocultado y adiestrado en la guerrilla, muchos en los locales subterráneos del Liceo Sannazaro, primera sede de la recién nacida resistencia napolitana.

El día 25 de setiembre, el mismo en el que Italia sufrió por parte estadounidense dos terribles bombardeos sobre Bolonia y Florencia, se publicó en Nápoles una ordenanza que establecía el reclutamiento obligatorio, para tareas penosas, de todos los ciudadanos en edad laboral. Se había encendido la mecha del motín que se levantaría pocos días después, una perfecta antítesis de las intenciones intimidatorias alemanas. Las disposiciones del decreto se pegaron en las paredes a primera hora de la mañana del domingo 26, día anterior al de los primeros destellos de insurgencia.

Aunque la orden sustancial de reclutamiento provenía del coronel Scholl, formalmente estaba firmada por la mano italiana del alcalde Domenico Soprano, que, en agosto, nombrado por el gobierno Badoglio, había asumido el cargo del dimitido alcalde fascista Vaccari. Soprano era un hombre de orden, anticomunista y antisocialista y contrario a posibles acciones violentas por parte del pueblo, aunque no era un fascista, sino un liberal: sin duda no un demoliberal al estilo de Gobetti, sino un aristócrata a la antigua. Más por su rechazo hacia las masas populares que por sometimiento a los alemanes, firmó el decreto de reclutamiento laboral: ganar tiempo para mantener la calma era su objetivo inmediato. Pocos días antes del 26 de setiembre, después de haber abierto contactos entre la inteligencia del ejército de EEUU y los dirigentes de los partidos antifascistas napolitanos, precisamente ante la perspectiva de una deseada sublevación de niños, el alcalde Soprano se acercó a representantes del recién nacido Frente Nacional de Liberación (luego Comité de Liberación Nacional), fundado hacia poco, con sede central en Roma y compuesto por el Partido de la Acción, el Partido Liberal, el Centro Democrático Cristiano, la Democracia del Trabajo, el Partido Socialista de Unidad Proletaria y el Partido Comunista. Le presionaron para que cooperara con la naciente oposición a través de las fuerzas de policía que dirigía, ofreciéndole todo el apoyo posible. Sin embargo, el alcalde, siempre enemigo del social-comunismo y temeroso de cualquier movimiento revolucionario, prefería la vía de la prudencia, limitándose a dialogar pol-

ticamente, en secreto, con los dirigentes liberales moderados Enrico De Nicola y Benedetto Croce: sin descubrirse.

Tanto Domenico Soprano como Walter Scholl hicieron mal las cuentas. Porque dentro del plazo establecido por el bando solo se presentaron a los alemanes 150 personas hasta entonces y estas mismas, a lo largo de la tarde del domingo 27 de septiembre y en las primeras horas de la madrugada se dedicaron a peinar salvajemente Nápoles deteniendo a 8.000 ciudadanos indefensos, incluyendo viejos y niños de trece años. Los alemanes habían generado la chispa de la rebelión, encendiendo los ánimos de los familiares y parientes de los detenidos, deseosos de liberarlos. A primera hora de la mañana del lunes 27 de septiembre se produjeron los primeros enfrentamientos, llevados a cabo no solo por los militares italianos que hasta ahora se habían mantenido ocultos en los sótanos del Liceo Sannazaro, sino también por un cierto número de civiles, aunque la verdadera sublevación popular de Nápoles explotaría al día siguiente, con una propagación por calles y plazas de grupos de partenopeos armados de todas las clases sociales, desde las más populares a los intelectuales, incluyendo también niños de doce años y mujeres jóvenes.

Capítulo 3

El joven subcomisario justiciero de alemanes y encargado de investigar al hombre del mono tenía 24 años, era napolitano de nacimiento y por descendencia materna. Tenía el pelo negro y denso, cortado el estilo militar según el reglamento de esos años. No era muy alto, un metro y setenta y cinco, pero sí bien proporcionado y fuerte. Se había licenciado en derecho en la Universidad Federico II de Nápoles, con matrícula de honor y, aunque de mente brillante, era animoso, educado en la familia y en un colegio según los principios clásicos de la Antigua, sustancialmente los preceptos de los diez mandamientos judeocristianos. Pero a causa de su poca edad, en la que por el momento había sufrido pocas desilusiones, Vittorio D'Alazzo no era demasiado modesto. Vivía con su padre, Amilcare D'Alazzo, teniente coronel de los Carabineros Reales, y con su madre, la señora Luigia-Antonia, maestra elemental pero ama de casa, en un apartamento de su propiedad que no estaba situado en una zona prestigiosa como le habría gustado la familia, por ejemplo en la villa Caracciolo o en la Riviera di Chiaia, sino en el barrio popular de Sanità, en la villa San Gregorio Armeno, a la que se asomaban las habitaciones al alcance del modesto sueldo, en aquella época, y los no muy grandes ahorros de un oficial superior del Arma Benemerita. En ese momento, Vittorio vivía solo en la casa, salvo una mujer a medio servicio, ya que la madre se había ido al campo al empezar la guerra y el padre hacía un par de semanas que había cruzado las líneas por la noche, aunque tenía sesenta y un años, quince años más que su consorte, para no seguir a las órdenes de los ocupantes alemanes y para unirse a su soberano. Hasta ese momento, había prestado servicio en el 7º Grupo Provincial de Carabineros de Nápoles, como jefe de la Sección Provincial de Coordinación Investigadora. El matrimonio D'Alazzo tenía dos hijos varones. Mientras que estaban orgullosos de Vittorio, no podían decir lo mismo del otro, Emanuele, quien, desde niño, había sido un vago: después de varios suspensos, solo consiguió el diploma de los estudios elementales con catorce años y, con el máximo esfuerzo, había abandonado al inicio del primer año los no muy duros estudios de la escuela complementaria para encontrar un trabajo, a lo cual ya se había resignado el padre al inscribirlo, porque, a diferencia del gimnasio, no hacía falta un examen de admisión. Sediciente, se había escapado de casa sin poder ser encontrado por las fuerzas públicas, dando noticias de sí solo después de años, al ser mayor de edad,¹¹ con una única postal, dirigida a su madre, enviada desde Suiza en mayo de 1940 con unas pocas palabras de saludo. Al no haberse presentado Emanuele al reclutamiento, había sido considerado prófugo y condenado en ausencia a prisión por el Tribunal Militar de Nápoles y, al iniciarse la guerra, fue considerado desertor. El teniente coronel D'Alazzo había recibido un daño en su imagen por ese hijo y temía que, por su causa, nunca podría subir de grado, a pesar de sus amplios méritos personales. Por culpa de su hermano, Vittorio tampoco había podido seguir la tradición paterna y entrar en el Arma, como habían querido tanto él como sus padres. En aquellos tiempos, no solo los personalmente deshonestos, sino tampoco los que tenían ascendientes o parientes que no eran absolutamente irreprochables podían presentar solicitudes para la Benemerita. Amargado, pero no resignado del todo, Vittorio se había licenciado y había participado en la oposición para subcomisario en el cuerpo de los Guardias de Seguridad Pública, entidad que solo requería la integridad personal del aspirante y no también la de sus allegados. Había superado brillantemente el examen y, al acabar la posterior escuela de especialización profesional, había sido el primero de su promoción, por tanto con buenas esperanzas de que le concedieran elegir como destino su Nápoles. Y se le había asignado precisamente su ciudad.

Después de leer el breve informe del mariscal Branduardi, el subcomisario D'Alazzo se dirigió a las celdas, en la planta baja y observó al supuesto Gennaro Esposito. Luego descendió al hábitat subterráneo y comprobó si alguien había sido fichado con esos datos personales y si sus fotos, de frente y de perfil, se correspondían con la fisonomía del prisionero. Cotejó

diversas fichas de personas con el mismo nombre y apellido, pero todas mostraban a personas con rasgos distintos de los del presunto asesino. Una vez de vuelta a su oficina, hizo que le trajeran al detenido.

Le interrogó con la ayuda del brigada ayudante Marino Bordin, quien, sentado en su propia mesa, tomó nota de las preguntas del superior y las respuestas del interrogado con la máquina de escribir de la oficina, una obsoleta Olivetti M1 negra modelo 1911.

Bordin era un veneciano rubio y robusto, de un metro ochenta de alto. De 45 años, llevaba sirviendo en la Seguridad Pública desde hacía un cuarto de siglo y tenía mujer y dos hijos, que había dejado en una granja en la campiña napolitana, entregando al agricultor que los alojaba dos tercios de su salario y resignándose a comer y dormir en el cuartel con lo que le restaba.

Durante horas, el interrogado, sin ceder, dijo y repitió, en un correcto idioma que hacía pensar que había cursado al menos a las clases elementales, bastante duras en aquel momento, que era un cocinero desempleado, que vivía, como estaba escrito de su tarjeta, en el callejón de Santa Luciella y que estaba volviendo a casa cuando vio entreabierta la puerta de la casa de la difunta y oyó gemidos que procedían del interior: entró por mero altruismo, pidiendo permiso, vio en la entrada a la mujer en el suelo que continuaba gimiendo y, al ver un aparato telefónico sobre una pared, decidió llamar a una ambulancia, pero justo en aquel momento entró la patrulla de Seguridad Pública que le detuvo.

Insistiendo una y otra vez, poco después de las siete de la mañana el subcomisario obtuvo por fin un dato nuevo: que el hombre acudía a menudo a la prostituta y que había ido a su casa, como cabía esperar, para tener un rápido encuentro sexual, irse rápidamente y llegar a su casa antes del toque de queda. Repreguntado, precisó que se había citado telefónicamente desde un bar, como muchas otras veces. Cuando se le pidió que diera el número telefónico de Demaggi, dijo que ya no se acordaba y, ante el escepticismo manifestado por DiAiazzo, justificó la amnesia por su estado de turbación mental debido a la situación. No cambió el resto de la versión, repitiendo que, una vez pasada la entrada que había dejado entreabierta apostó para salir tras la cita telefónica, vio a la mujer en el suelo y se apresuró a buscar ayuda con el aparato telefónico del apartamento, momento en que apareció la patrulla y le detuvo.

Como los agentes de la patrulla, tampoco el subcomisario pudo creer que el hombre fuera un cliente de la inaccesible meretriz, tras valorar sus ropas modestas y remendadas y la ausencia de dinero sus bolsillos. Considerando que posiblemente él había dejado abierta la entrada, supuso que era un cómplice en el mercado negro. Así que le acusó de haberla matado por una disputa en el momento:

«¡Confíesalo y te dejo dormir!

«No es verdad, seguramente ha sido un accidente que se ha producido antes de que yo entrara el otro.

«Si no eras un cómplice en desacuerdo es que otro te mandó a matarla ¡le apremió el funcionario.

«¡Señor doctor, os digo de nuevo que no es verdad! El hombre alzó la voz, abandonando el comportamiento fácil que había mantenido hasta ese momento.

Sin que se lo pidieran, el brigada Bordin soltó:

«¡Muestra respeto por el doctor o te lleno de patadas por donde te la meten!

El subcomisario no admitió obscenidades y le reprendió:

«Marino, las patadas y los insultos te los guardas ¡Continúa: Gennaro, siempre que te lames de verdad Gennaro Esposito, y estate seguro de que haremos las comprobaciones en el Registro mañana no, esta mañana, vista la hora, escúchame bien: también yo, como tú, tengo ganas de acabar, así que te hago una propuesta ¡El hombre había aumentado visiblemente su atención, abriendo ligeramente la boca mientras se le dilataban las pupilas un poco: Si te

confieras culpable de homicidio preterintencional, lo que significa que la has matado teniendo otras intencionesâ#

â##â# Lo sÃ©.

â##Entonces, escucha: podrÃas por ejemplo decirme que no tenÃas dinero y que la vÃctima no querÃa darte crÃ©dito, por lo que, en un irrefrenable impulso de ira, la habrÃas dado un empujÃ³n, sin querer matarla, pero, por desgracia, al caer sufrÃ³ una herida mortal. Bueno, ya entiendes: de esta manera no se acaba delante del pelotÃ³n de ejecuciÃ³n,¹⁴ solo pasas un tiempo en la cÃrcel. Si, por el contrario, escribo en mi informe al juez instructor que sospecho que eres un sicario de algÃºn contrabandista de la Camorra que ha querido eliminarla o un competidor directo de la mujer en el mercado negro que ha querido apartarla de este para siempre, seguro que acabas fusilado.

El hombre, a pesar de estar mÃ¡s cansado que el subcomisario, no confesÃ³:

â##No solo os repito una vez mÃ¡s que no soy un asesino y, como no lo soy, que esa mujer muriÃ³ por un accidente anterior a que yo entrara en su casa, sino que ademÃ¡s os digo tambiÃ©n que soy un sargento mayor de artillerÃa y he cruzado el frente llegando a NÃ¡poles ayer por la tarde.

â##Hmâ# CuÃ©ntame mÃ¡s.

â##Soy tambiÃ©n cocinero, trabajaba como jefe de cocina en el cÃrculo de los oficiales del tercer batallÃ³n, primer regimiento de la ArtillerÃa Costera, ubicada a unos cinco kilÃ³metros al norte de Paestum, en la provincia de Salerno.

â##Ya sÃ© dÃ³nde estÃ; Paestumâ# EstÃ; bien, suponiendo que me hayas dicho ahora la verdad, por tu bien tenemos que comprobar tu identidad militar, asÃ que dime de quÃ© escuela de suboficiales procedes y de quÃ© promociÃ³n â## En realidad, tras el caos posterior al armisticio esa verificaciÃ³n probablemente era imposible y Dâ##Aiazzo lo sabÃa, pero contaba con el hecho de que el otro, si le hubiera mentido, se habrÃa descubierto.

El hombre no se alterÃ³:

â##Mi carrera empezÃ³ de cero: Con 28 aÃ±os, despuÃ©s de haber perdido el trabajo de ayudante de cocinero en una trattoriaâ#

â##â# Â;QuÃ© hiciste?

â##â# Â;Nada malo! El local cerrÃ³ porque, como decÃan los dueÃ±os, habÃan llegado las Ãºltimas consecuencias de la crisis del 29.

â##EstÃ; bien, sigue.

â##BusquÃ© trabajo, pero no encontrÃ© nada: nadie contrataba, si acaso despedÃa. AsÃ que, para no ser una carga para mi madre, que se habÃa quedado viuda y trabajaba duramente limpiando tiendas y cocinando y ayudando en casa de extraÃ±os, por fin me enrolÃ© voluntario, esperando hacer carrera y convertirme en suboficial: seis aÃ±os antes me habÃa licenciado del servicio, con buenas notas, con el grado de cabo, que me habÃan reconocido al volver y, como ya habÃa estado en las cocinas durante el servicio, despuÃ©s del curso de actualizaciÃ³n sobre algunos caÃ±ones, me llevaron de nuevo delante de las cacerolas, ademÃ¡s de realizar ejercicios periÃ³dicos de tiro con la artillerÃa, el fusil y la pistola. Y asÃ ha transcurrido toda mi carrera militar, primero como cabo primero, luego como sargento y finalmente como suboficial:¹⁵ sargento mayor jefe de la cocina del cÃrculo de oficiales. DespuÃ©s del armisticio y el desembarco de los antiguos enemigos¹⁶ en nuestras costas, salÃ corriendo con mis compaÃ±eros, preocupado por no encontrarme ni con angloamericanos ni con alemanes. Me quedÃ© escondido, comiendo frutas y verduras de las huertas y, las pocas veces que me escondÃa en granjas, tambiÃ©n pan, leche y huevos. Pero los campesinos, o al menos los que me he encontrado, son gente interesada y me han pedido siempre algo a cambio, preferentemente dinero y, poco a poco, les he dado todo lo que me quedaba de mi Ãºltima paga. DespuÃ©s, una vez acabado el dinero, tuve que pagar con mi reloj: era de acero, pero de marca y, como Ãºltimo purucchio¹⁷ he entregado mi medalla de San Genaro con cadena, ambas de oro de dieciocho quilates, regalo de mi familia por la primera comuniÃ³n, a cambio de la camisa y la

ropa de trabajo que llevo. Me he vestido de civil y he abandonado la placa militar de identificaci3n y tambi3n los documentos, porque nosotros no solo los tenemos de otro color, sino que en ellos est3 escrito que somos militares y tambi3n nuestro grado4

4 Lo s3.

4 Ya, tambi3n os pasa a vos. He tirado la tarjeta de identidad y la identificaci3n militar, guardando solo la civil y, sin vestir uniforme, he venido a mi N3poles, he conseguido pasar la l3nea de frente y, ayer por la tarde, entr3 la ciudad. Actuando de forma prudente, aunque estuviera vestido de civil y llevara conmigo un documento, he llegado a la Plazuela del Nilo, que no est3 lejos de la casa de mi madre y m3a en el callej3n de Santa Luciella. Y, por culpa de mi buen coraz3n, despu3s de todo lo que ya me hab3a pasado, he tenido adem3s el impulso de ayudar a aquella mujer que gem3a y4 aqu3 estoy, justo cuando estaba ya muy cerca de casa.

4 Por qu3 tu licencia de conducir no indica tu domicilio en la zona de Paestum?

4 Ten3a una habitaci3n en el cuartel, junto a otro sargento mayor, tambi3n soltero. No ten3a una habitaci3n fuera: nunca he considerado los cuarteles como mi casa nunca he querido abandonar la direcci3n de N3poles. Solo la cambi3 en la tarjeta de identidad y el permiso militar de conducir, porque era obligatorio, aparte del hecho de que con la licencia civil hab3a tenido que cambiarse con frecuencia la direcci3n de la Motorizaci3n,¹⁸ dado que me trasladaban cada pocos a3os y por el contrario, la carta y la licencia militar me la renovaban directamente en el nuevo destino. Y adem3s, sobre todo, volv3a a ver a mi madre a N3poles cada vez que ten3a un permiso.

4 Sabes que iremos a la calle de Santa Mar3a a comprobar que all3 est3 de verdad tu madre y si hay otras personas que te conocen.

4 Y yo os lo agradezco, se3or comisario, porque mi madre de verdad est3 all3 y podr3is confirmar lo que os he dicho por ella y tambi3n por los vecinos. Pero os pido de coraz3n: no la asust3is, decidle, por favor, que os he encargado saludarla, porque no he podido venir en persona por razones de servicio.

4 Si encontramos a tu madre no la asustaremos y hablaremos con ella como deseas 4 En este momento, el subcomisario hab3a vuelto a insistir4: Primero has tratado de hacerme creer que ten3as reservada una cita galante con Demaggi y luego has admitido que no era verdad. Dime entonces: Si no la hab3a visto antes, 4c3mo sab3as que esa mujer era una prostituta?

No se hab3a alterado:

4 Se lo o3 decir a vuestro jefe de patrulla, que habl3 con los suyos delante de la muerta.

4 Lo comprobar3. Pero dime una cosa m3s 4 D4aizzo hab3a dejado la pregunta para el final, para plantearla cuando el interrogado estuviera muy cansado4: 4 Por qu3 llevabas guantes de lana en esta estaci3n? Para no dejar huellas, 4 verdad?

4 Pero no, se3or comisario 4 No se hab3a preocupado el otro4, el motivo es sencillo, las llevo desde hace mucho, incluso de servicio, con permiso del capit3n: sufro de dolores en los dedos de la mano y tambi3n en la palma izquierda.

4 Hm4

4 Pero s3-, por la humedad de las cocinas a lo largo de tantos a3os, entre los vapores de las c3psulas y el agua de los lavados de las ollas, como me hab3a explicado el teniente m3dico, que me dijo que llevara los guantes.

Agotado el hombre y cansad3simos los dos polic3as, por orden del subcomisario, el presunto sargento mayor Gennaro Esposito fue escoltado a la celda por el brigada Bordin.

Con solo los datos recogidos, Vittorio D4aizzo no pod3a formarse una idea segura: para 3l segu3an siendo posibles tanto la hip3tesis de un accidente como la de un homicidio, y este no necesariamente perpetrado por detenido. Pero, en el caso de ser culpable, el m3vil podr3a encontrarse en disputas entre contrabandistas, si la identidad y en concreto la posici3n en el ej3rcito del supuesto Esposito no fuera confirmada, mientras que en caso contrario ser3a veros3mil otro motivo. Por otro lado, si el forense estableciera que se hab3a tratado un asesinato, el

investigado, aunque no confesara, sería transferido a la cárcel de Poggioreale como sospechoso, mientras al mismo tiempo el subcomisario tendría que redactar y enviar a la Fiscalía del Reino una relación que incluyera tanto las conclusiones del forense como los datos recabados por el propio Dâ#Aiazzo durante el interrogatorio. A partir de su informe, el juez instructor decidiría si abrir un procedimiento contra el sospechoso o liberarlo por falta de pruebas.

No faltaba mucho para las ocho de la mañana y el joven funcionario estaba a punto de acabar su turno. Sin embargo, antes de volver a casa pretendía ordenar a brigada a ir a la calle de Santa Luciella a comprobar que allí vivía realmente la madre del investigado y, en ese caso, si reconocía al hijo en la foto del permiso de conducir y confirmaba que era realmente un sargento mayor de artillería. Pero el subcomisario no pensaba esperar la vuelta del susodicho, ni ver el informe al día siguiente. Por tanto, antes de que llegase a su oficina el informe del forense habrían pasado al menos dos o tres días, durante los cuales el detenido quedaría encerrado en la celda.

Bordin, después de encerrar al acusado en la celda, había vuelto al puesto de Dâ#Aiazzo. Al entrar en la oficina le había dicho:

«Señor comisario, para mí que este Esposito o como se llame ha sido enviado por la Camorra para matar al Demaggi por dos posibles motivos: o por razones de competencia en el mercado negro o porque esa mugrienta puta no quería pagar el soborno.

«Marino, esa mujer está muerta y no se insulta los difuntos le había amonestado el joven superior, y además no estoy convencido de que el investigado sea un asesino.

«Perdonad que os lo diga, pero creo que Bueno creo que sois siempre demasiado bueno: nosotros le moleremos a golpes en el estómago con sacos de arena»

«¿Que no dejan huellas?»

«Lo requiere la prudencia. Y estoy seguro de que ese delincuente se declarará culpable e incluso camorrista y quien sabe cuántos más. Pero así»

«así no me arriesgo a hacer confesar a un inocente, aparte de que si te veo moler a sacos a alguno» ¿Me has entendido, Marino?

«Eeh»

«Ya conseguiré al juez instructor, si acaso, que admita su culpabilidad, siempre que el médico no diga que se ha tratado un accidente, en cuyo caso archivo la práctica y libero a ese hombre.

«Ya, puede ser. Pero, hablando en general, vos, señor comisario, sois el único que no ha dado al menos una bofetada a los interrogados. El doctor Perati, que estaba antes que vos, hacía confesar a todos.

Con el ardor de la edad, sin abandonar esa pizca de presunción que permanecerá en mí, se le había escapado al subcomisario instintivamente en la lengua partenopea que usaba en familia:

«Tu sí» «no fíjate».

«¿Qué? El suboficial había enrojecido.

El superior se había corregido en parte:

«Está bien, Marino, retiré el fíjate, pero deja de hablarme sin consideración solo porque tengo la mitad de tus años. Ten cuidado, porque si esto se repite, te castigo.

Bordin había considerado sensato pedir perdón, aunque fuera a regañadientes:

«Perdonad, señor comisario, solo estaba hablando, no quería criticaros.

Aunque Vittorio Dâ#Aiazzo, con el paso del tiempo, adquiriera plena humildad gracias a las metafóricas bofetadas de la vida, por el momento seguía queriendo decir la última palabra:

«Está bien, pero a partir de ahora piensa en lo que dices antes de decir lo que piensas.

El hombre consideraba sensato mantener la posición de firmes:

«Sí, señor.

â###Descansa y no te mortifiques â##El superior suavizÃ³ el tono, en el cual habÃa entrado por fin la compasiÃ³n. ProsiguiÃ³â##: Has dicho que Perati hacÃa confesar a todos: es verdad, ya lo sÃ©, me lo contaron cuando lleguÃ© aquÃ-. Â¿Pero recuerdas quiÃ©n le matÃ³?

â###SÃ-, seÃ±or, la madre de un ladrÃ³n habitualâ#!

â##â#! ladrÃ³n al que Perati habÃa acusado de acuchillar en una mano a un panadero para robarlo y al que habÃa hecho confesar que sÃ-, Â¿pero cÃ³mo? TumbÃndolo boca arriba sobre una mesa y fustigÃndole con el cinturÃ³n. Y dos dÃas despuÃ©s Â¿te acuerdas? el interrogado muriÃ³ por una hemorragia interna.

â###Perdonadme, Â¿puedo hablar con libertad, pero con todo el respeto?

â###Puedes.

â###Creo que el doctor Perati hizo lo apropiado, porque no recibÃ³ ningÃºn reproche de sus superiores.

â###Pues no sÃ© si el asunto se olvidÃ³ por orden del federal de NÃi poles,¹⁹ porque Perati era muy fascista y adulator, pero en la cabeza de la madre del muerto la cosa no estaba olvidada y ademÃs supo, un par de semanas despuÃ©s de la muerte del hijo, que era inocente tanto de las heridas como del hurto. Esto no lo sabÃas Â¿verdad?

â###SabÃa que el verdadero culpable fue reconocido en la calle del panadero y denunciado a una de nuestras patrullas, la cual lo arrestÃ³ y trajo aquÃ-.

â###Ya, y la madre del muerto fue puesta al corriente por un amigo del hijo, que supo la verdad por casualidad. Â¿Y sabes una cosa? No habÃa sido tan inicu, a fin de cuentas, que esa mujer viniera aquÃ pidiendo hablar con Perati, con la excusa de tener algo que revelar y una vez delante de Ã©l sacara un pequeÃ±o cuchillo para desollar carne de su costado y le acuchillara junto al corazÃ³n, y casi lamento que la detuvieran de inmediato y que ahora estÃ© a la espera de juicio, porque me temo que serÃ¡ condenada a muerte por homicidio premeditado.

â###Esperemos que le reconozcan el enajenamiento mental â##dijo compasivamente Bordin.

â###EsperÃ©moslo. Pero aparte de esto, ahora mismo te vas al depÃ³sito de vehÃculos con esta hoja de servicioâ#! toma: es mi autorizaciÃ³n para recoger un automÃ³vil con conductor. Luego te vas a comprobar en el callejÃ³n de Santa Lucia si Esposito es una persona conocida â##Le entregÃ³ tambiÃ©n la licencia del investigadoâ##. Haz que la madre vea la foto, si es que existe, y tambiÃ©n los vecinos y averigua todo lo que puedas de Ã©l.

â###A las Ã³rdenes. Pero, al volver, seÃ±or comisario, tal vez me vaya a casa a dormir, ya que, por hoy, mis horas de servicio ya habrÃn terminado.

â###Deber y sacrificio es nuestro lema â##le habÃa contestado sonriente en un endecasÃlabo espontÃneo el superior, gran lector de poetas clÃsicos.

Ya que se sabÃa en la comisarÃa que la temperatura social estaba subiendo en la ciudad y no era del todo improbable una sublevaciÃ³n, antes de acercarse al garaje el brigada quiso pasar por la sala de radio para obtener noticias de la situaciÃ³n en el exterior. Una vez al tanto, volviÃ³ a su superior directo y le informÃ³ de que camionetas de patrulla habÃan comunicado que ya se habÃan iniciado tiroteos aislados. TerminÃ³ diciendo:

â###SeÃ±or doctor, Â¿tengo que ir hoy o puedo esperar a maÃ±ana, cuando tal vez el clima se haya calmado?

Antes de que se decidiera D'Aiazzo empezaron a subir de la vÃa Medina, a la que se asomaba y todavÃa se asoma la comisarÃa de NÃi poles, el ruido de los motores diÃ©sel de vehÃculos que pasaban en columna delante de la entrada principal del edificio, como todos los dÃas desde hacÃa dos semanas: se trataba de un pelotÃ³n motorizado de granaderos alemanes que iba a reemplazar a otro, del mismo batallÃ³n, encargado de custodiar un corredor en el Ãºltimo piso del Castillo de San Elmo, potente baluarte que se eleva sobre la colina del Vomero a 250 metros sobre el nivel del mar y desde el cual se observan el golfo y la ciudad. En aquel corredor se encontraban dos locales no comunicados entre sÃ y destinados en aquel momento a armerÃa del fortÃn, de los cuales uno era

un gran espacio que contenía armas y municiones convencionales y el otro un espacio no tan grande que custodiaba armamento secreto de diseño y fabricación italianas. La vigilancia de las armas se desarrollaba durante las veinticuatro horas del día en dos turnos, de las 8:30 a las 20:30 y de las 20:30 a las 8:30. Desde el 9 de septiembre los alemanes habían ocupado el Castillo de San Elmo apoderándose del armamento, con un interés particular por las armas especiales. Precisamente a causa de esas armas no convencionales, dicho castillo era en esos días un objetivo principal de los aliados, que, desde hacía tiempo, estaban usando sus servicios secretos.

Vittorio D'Aliazzo estaba a punto de decir a su subalterno que olvidara la orden anterior y se fuera descansar cuando empezaron los disparos en la villa Medina, primero de fusiles y de una ametralladora ligera, luego, en rápida sucesión, de metralletas y una gran ametralladora.

El subcomisario y su ayudante se agacharon instintivamente y, avanzando con las piernas semidobladas, se acercaron a la ventana y asomaron sus cabezas mirando hacia abajo, exponiéndose lo menos posible.

Al mismo tiempo, otros policías miraban allá desde sus respectivas oficinas, tanto personal del turno que estaba saliendo como entrando, al ser la hora del reemplazo, las 8 en punto. Llegado hacía poco, también el vicedirector de policía y jefe de sección Remigio Bollati espiaba desde su propia ventana: su oficina daba a la misma fachada a la que daba la de Vittorio y los dos espacios eran contiguos.

Mirando hacia abajo se veía o entreveía, según la posición de cada ventana, a unos cincuenta metros del portal y en el cruce de calles cercano, al pelotón alemán parado en medio de la calle, protegido por sus vehículos colocados a través, ocupados en un tiroteo con personas que debían estar más allá en la calle y que no podían verse desde el edificio de la comisaría, pero de las que se oían los disparos: se podía suponer que tal vez se protegieran detrás de los muros semiderruidos y los montones de escombros de dos casas cercanas y contiguas, bombardeadas pocos días antes del 8 de setiembre por fortalezas volantes estadounidenses.

Capítulo 4

Para entender mejor las cosas, volvamos un poco atrás:

Se constituyó el frente único revolucionario partenopeo y, vista la renuencia del prefecto Soprano en asumir la dirección, fue elegido jefe el obrero Antonio Taraiá de setenta años, que el 24 de setiembre, considerando la situación ya adecuada para el levantamiento convocó para la mañana siguiente una reunión en el Liceo Sannazaro, para someter a votación la decisión. La convicción de que era ya el momento de levantarse se produjo tanto por la noticia de que los angloamericanos ya estaban casi a las puertas de Nápoles, algo conocido de antemano por el filósofo Benedetto Croce, que lo había sabido confidencialmente del Dr. Soprano, como por el hecho de que, tras los acuerdos codificados intercambiados a través de radio con los americanos, acababan de llegar paracaidistas por la noche junto a Nápoles con armas y radios que retransmitían desde la US Army y destinadas a los partisanos, ocultadas rápidamente en siete sótanos de otras tantas zonas distintas de la ciudad. La operación se había desarrollado con la contribución esencial de un grupo de camorristas a sueldo, dispuestos a correr graves peligros a la vista de las grandes ganancias que les habían prometido los estadounidenses. No debe sorprender esa alianza: Estados Unidos ya había recurrido, y todavía la utilizaba, a la ayuda de la Mafia de la Sicilia ocupada, donde, además, numerosos nuevos alcaldes notoriamente mafiosos habían sido colocados en el poder por los conquistadores. La Camorra, como la Mafia, estaba organizada casi militarmente y, en particular, podía disponer en Nápoles de muchos grandes camiones. La operación armada había sido organizada con meticulosidad por los estadounidenses. Entre otras cosas, había folletos de instrucciones sobre el uso de las armas lanzadas en paracaídas, escritos en un correcto italiano y llevados al Liceo Sannazaro por algunos agentes americanos que habían sobrepasado de noche las líneas, con el fin de que los patriotas napolitanos pudieran recibir formación teórica sobre su funcionamiento por los propios agentes, lo que permitió hacer más rápida y ágil la instrucción práctica que, por razones logísticas, solo pudo desarrollarse poco antes de la sublevación, en el momento de la recuperación de las armas en los siete depósitos.

En la reunión del 25 de septiembre se tomó por unanimidad la decisión de levantarse. Hacia mediodía, se enviaron mensajeros para avisar a los custodios del material bélico estadounidense.

Al día siguiente, domingo, siete patriotas jefes de grupo que ya habían asistido al almacenamiento de las armas en los lugares secretos, uno por depósito, no mucho antes de la hora del alto el fuego, se presentaron para preparar la retirada de las armas esa misma noche. Se reunieron en los escondites hasta las cinco de la mañana del lunes 27 de septiembre.

Por tanto, después de las seis de la mañana de este 27 de septiembre, los grupos de combatientes por la libertad, recogidas las armas, se dirigieron a sus objetivos. Mientras los pelotones instruidos en el Liceo Sannazaro por los agentes americanos portaban las armas estadounidenses, es decir fusiles semiautomáticos M1 Garand y ametralladoras BAR M1918 Browning, que usaban las mismas balas de calibre 7,62, granadas de mano Mk2 y lanzamisiles portátiles anticarro Bazooka M1, los otros grupos de insurgentes tenían armas capturadas a los alemanes en los encuentros de los primeros días, es decir, fusiles Mauser Kar 98 k, metralletas MP80, bombas de mano 24 y granadas Panzerwurfmine con sus respectivos lanzabombas anticarro Panzerfaust, además de navajas personales o cuchillos de las cocinas domésticas y alguna escopeta ocultada por algún cazador aficionado, después de la ocupación alemana, en un sótano o un ático.

Sin embargo, el primer tiroteo de esa mañana no estaba previsto, sino que por el contrario empezó en el Vomero por parte de parientes de detenidos, que detuvieron un todoterreno Kfz 82 de la Wehrmacht, matando al comandante que lo conducía y poniendo en fuga a los demás militares. Otras acciones no organizadas se produjeron poco después por Nápoles y, aquí y allí, se agregaron espontáneamente a los grupos rebeldes parejas de carabineros de ronda

y agentes de patrulla de la Seguridad Pública y la Guardia de Finanzas. Poco antes de inicio de las clases escolares, diez estudiantes desarmados de la escuela superior atacaron impulsivamente a tres alemanes que hacían la ronda en un *Käbelwagen* a velocidad de paseo, les obligaron a bajarse, les desarmaron y pegaron fuego al todoterreno, mientras el *trío* alemán se alejaba por piernas. Sin embargo, esos alemanes alertaron a todo el cuartel, por lo que llegaron dos pelotones alemanes con el apoyo de un potente blindado *SdKfz 231 Schwere Panzerspähwagen 6 rad*. Los diez jóvenes se refugiaron y atrincheraron en el cercano Museo de San Martín y el blindado empezó a ametrallar los ventanales, mientras la noticia de la acción de los estudiantes y del peligro que estaban corriendo se iba extendiendo por *Niños*, de un lugar a otro.

Entre las acciones *sí* planeadas por la Resistencia se produjeron sobre todo el mencionado ataque a la columna de granaderos alemanes en *Via Medina* y la acción de un pelotón de carabineros que, con el beneplácito del coronel al mando se dirigió, sobre un *camión Lancia CM*,²⁰ al Museo de San Martín para combatir, con sus propios *mosquetes 91 cortos* y bombas de mano *SRM 35*,²¹ a los alemanes que asediaban a los estudiantes rebeldes. Al lado de los militares de la *Benemérita* se colocaron espontáneamente algunos civiles de la zona. Esa misma mañana, siempre con órdenes anteriores de los dirigentes democráticos, un centenar de combatientes por la libertad procedió al asedio del Castillo de San Elmo, en el que, entre los alemanes atrincherados en el interior, estaba el ya agotado pelotón de granaderos que había permanecido de guardia de la *artillería* toda la noche y que no había recibido el relevo porque, como sabemos, el pelotón fresco entrante se había enzarzado en combate en la *Via Medina*.

Ante el apremio de los acontecimientos, el comandante de la plaza, coronel Scholl, activó sus potentes tanques de las clases *Tiger* y *Panther*. Sin embargo, un cierto número de ellos fueron detenidos e incendiados por revoltosos, gracias a algunos *panzerfaust* sustraídos al enemigo, a los *bazookas* americanos y a *cáctes* Molotov.

Capítulo 5

Mientras continuaba el tiroteo en Via Medina, el comisionado al cargo de la comisaría, el doctor Carmelo Pelluso, alejándose de la ventana de su oficina en el primer piso desde la que había observado con cautela al pelotón alemán dedicado al combate, iba a llamar por el interfono a sus subcomisarios para dar las órdenes oportunas cuando sonó el teléfono que había sobre su mesa.

Al otro lado de la línea estaba su superior directo, el doctor Soprano: El prefecto dijo al comisionado que se habían iniciado tiroteos en más zonas de Nápoles y le dio la noticia de que la 5ª armada y el 6º cuerpo estadounidenses, además del 10º británico, estaban atacando a los alemanes en dirección a Nápoles y Avellino y los efectivos alemanes en el campo estaban empezando a replegarse, dirigiéndose a la ciudad partenopea para consolidar sus líneas más al norte. Acabó dejando al arbitrio del comisionado decidir qué órdenes concretas impartir a sus hombres, pero con la condición de no obligarles a combatir contra los alemanes.

El doctor Pelluso no obedeció del todo: tras despedirse del prefecto, ordenó a sus subordinados transmitir a los respectivos inferiores la sencilla invitación, no la orden, de unirse al pueblo contra los alemanes, pero añadió con decisión:

«Decid a todos que yo personalmente estoy con los insurgentes. Sin embargo, si alguien, hipotéticamente, no quiere seguirme, no tendrá problemas. Pero deberá entregar su pistola y quedarse retenido en la comisaría en las celdas de custodia.»

Carmelo Pelluso no fue un antifascista desde el principio: como muchos otros, entre ellos el subcomisario Vittorio Aiello, portó hasta el 25 de julio el uniforme fascista, de hecho obligatorio para los funcionarios públicos. Pero ya al acabar ese mes se había unido al Partido de la Acción y no había cambiado de bandera después de la ocupación alemana y el muy reciente retorno de Mussolini al gobierno de la Italia no ocupada por los ejércitos aliados. Por el contrario, ahora colaboraba activamente con los dirigentes de los partidos antifascistas del Frente Revolucionario y, sobre todo, con uno de sus mayores exponentes, nada menos que su amigo personal, el accionista²² profesor Adolfo Omodeo, que el 1 de septiembre había sido nombrado por el gobierno de Badoglio rector del Ateneo Federico II de Nápoles, desde el que alentaba entre los intelectuales, junto al liberal Benedetto Croce, la rebelión contra el nazifascismo.

Los policías fieles a Mussolini, un comisario y una decena de agentes, cabos y suboficiales, bajo el control directo del comisionado, fueron desarmados y recluidos, respetuosamente, pero bajo escolta armada, en las celdas de seguridad. Se informó a Pelluso de que ya había otros reclusos en las celdas y supo que el único que estaba en custodia era un tal, verdadero o falso, Gennaro Esposito, sospechoso del asesinato de una prostituta llamada Rosa Demaggi. En la cara del comisionado asomó un gran descontento.

En esos mismos momentos, Vittorio Aiello estaba saliendo del cuartel por la entrada de vehículos conduciendo un vehículo blindado viejo y obsoleto de la comisaría. Se consideraba de corazón un demócrata cristiano, aunque, después de deshacerse del uniforme fascista el 25 de julio no se había afiliado ni al partido católico, ni al liberal y, a diferencia del comisionado Pelluso, no había llegado a contactar con hombres de la recién nacida resistencia. Por otro lado, lo mismo pasaba con la gran mayoría de aquellos italianos que luego combatirían contra el fascismo durante otro año y medio, hasta el final de la guerra.

Con Vittorio Aiello, subió al blindado, aunque agotado como él por la noche insomne, el brigada Marino Bordin, hombre animoso aunque rudo, quien, aunque no tenía ideas políticas, alimentaba un profundo rencor contra los alemanes debido a su arrogancia despectiva hacia los italianos. También se montaron en el blindado dos agentes llamados Tertini y Pontiani y condujo el comandante Aroldo Bennato, jefe mecánico del taller de la comisaría, estos tres descansados después de una noche de reposo y que acababan de llegar al servicio.

El blindado, o más exactamente la furgoneta blindada como era catalogada, era un aparato de la Primera Guerra Mundial, Lancia Ansaldo IZ, dotado de tres ametralladoras pesadas de 7,92 milímetros Maxim. Solo este blindado y dos similares no habían sido confiscados en la comisaría por los ocupantes, al juzgarse ya no utilizables por estar obsoletos, al contrario que los autos blindados más modernos FIAT 611 1934/35 y FIAT AB 1940/43, que los soldados alemanes habían confiscado inmediatamente junto a sus medios acorazados. El Lancia Ansaldo IZ era un modelo lento y poco maniobrable. Pero tenía una notable potencia de fuego, hasta el punto de que, al entrar en servicio al final de la Primera Guerra Mundial, había hecho estragos inmediatos entre los austriacos. Por otro lado, contrariamente a lo que debían haber pensado los alemanes, los tres autos acorazados gemelos estaban en perfecto estado gracias a las revisiones periódicas del jefe del taller y sus mecánicos y por los responsables de las armas en el caso de las ametralladoras.

Con los cinco policías a bordo, el blindado entró estruendoso y humeante en la Via Medina, a una setentena de metros a las espaldas de los alemanes, siempre tratando de disparar sobre los revoltosos usando los fusiles Garand, mientras que el operador de la metralleta BAR de los patriotas yacía desplomado boca abajo, muerto. El número de los atacantes se había reducido a menos de la mitad, ya que los alemanes disponían de una llamada sierra de Hitler, una tremenda ametralladora MG-42 de 7,92 milímetros, la mejor del mundo en eficacia y ligereza, tanto que todavía hoy, el siglo XXI, el modelo está en dotación en la OTAN.²³ Y de cada diez balas insertadas en las cintas alemanas, una era de tipo perforante, capaz de abrir brechas en los muros semiderruidos y los montones de escombros de las dos casas bombardeadas, a cuyo abrigo disparaban los patriotas. También algunos alemanes estaban muertos en el suelo, una pequeña parte de su pelotón.

Vittorio D'Alaizzo ordenó al comandante parar el auto y a los agentes portar dos ametralladoras, mientras él mismo llevaba a la espalda una tercera. El trío se armó, apuntado a los granaderos enemigos y, a la orden del superior, disparó sin parar a pesar del riesgo de que las armas se encasquillaran. Los tres ametralladores improvisados eliminaron al pelotón adversario, cuyos hombres no tuvieron tiempo de darse la vuelta contra el blindado italiano usando la MG con sus balas perforantes, que habrían podido deshacer la débil protección del auto italiano y, sobre todo, no pudieron lanzar una bomba anticarro con un Panzerfaust que llevaban.

Después de la matanza de alemanes, el blindado reemprendió la marcha, lentamente, y sobrepasó, serpenteando, a los muertos y los vehículos enemigos. Debido al espacio insuficiente apartó por la fuerza una camioneta. A una cuarentena de metros los patriotas supervivientes, ya solo seis, ninguno de los cuales estaba herido, salieron de los escombros al descubierto andando hacia el blindado: eran cinco hombres y una mujer delgada y pequeña que no mostraba más de dieciocho años y tenía en su rostro una expresión de desprecio. En el blindado, a una decena de pasos del pequeño grupo, Vittorio ordenó detenerse. Bajó con tres de los suyos, dejando a bordo al comandante con la radio. Los policías y los partisanos se ocuparon de los italianos en el suelo, dieciséis, ninguno de los cuales daba ninguna señal de vida: seis de ellos estaban en condiciones horribles, cuatro casi partidos en dos por las balas de la MG, al quinto le faltaba el rostro, sustituido por una cavidad sangrienta, el sexto privado de la bóveda craneal, donde se podía ver el cerebro mientras le salía de la nariz materia cerebral que se había posado en boca y mentón. La joven, habiendo tenido a este último a su lado durante el combate, contó a D'Alaizzo que el cerebro del hombre había palpitado unos momentos después de sufrir aquel golpe devastador. Impasible, concluyó así su espeluznante relato:

«No sé si estaba todavía consciente, porque estaba inmóvil, pero creo que sí».

«¿Yo espero que no! ¡le respondí el subcomisario con desagrado, molesto no tanto por la macabra descripción, sino por la frialdad que mostraba la joven».

Uno de los italianos muertos llevaba en bandolera una pequeña bolsa de arpillera con una radio estadounidense Motorola Handie-Talkie SCR536 de un solo canal, ligera, pero no potente. La joven, siempre sin mostrar sentimientos, se la quitó el difunto y se la puso en bandolera. Luego

revis³, uno a uno y con gran atenci³n, los cad³veres de los alemanes y, al acabar la inspecci³n, su cara se oscureci³.

Vittorio orden³ sacar del tr³opode y llevarse la mortal ametralladora MG con sus ristas de balas y explic³ que, una vez desmontada de soporte, esa arma podr³ usarse bastante bien como fusil ametrallador, gracias a su peso no excesivo, apenas una docena de kilos, y a su doble pie desplegable guardado debajo del ca³±³n. Fue la joven, abandonando su fusil Garand, la que se la qued³, diciendo que sab³ c³mo usarla. Tom³ dos ristas de balas de la MG y se las puso en bandolera y coloc³ la ametralladora en la parte derecha de su espalda, balance³ndola por el ca³±³n con la mano.

Dâ##Aiazzo tom³ el funesto Panzerfaust y pregunt³:

â##Â¿Alguno de vosotros sabe usar esto?

Obtuvo un s³ de uno de los seis que, a pesar de estar vestido de civil, dijo que era granadero, precisando que hab³ sido Â«sorprendido aqu³ en N³poles por el armisticioÂ».

Un rato despu³©s, el comandante se asom³ por la ventanilla del blindado y comunic³ al superior que hab³ o³do, desde la radio de la comisar³, la noticia de que, a trav³©s del tel³©fono, una voz femenina hab³ llamado a su centralita denunciando que los alemanes estaban ametrallando las casas de la Plaza de la Caridad.

Vittorio decidi³ intervenir. Dado que el blindado pod³ acoger hasta seis personas, ofreci³ a la joven ir con ellos. Esta lo rechaz³ y, dada la urgencia, no insisti³ en la invitaci³n, dio la orden de subir a sus hombres y, tras entrar en Âºltimo, orden³ al comandante dirigirse al objetivo.

Entretanto, muchos otros polic³as estaban saliendo de la comisar³ para enfrentarse a los alemanes: hab³ quien sal³a a pie por el portal o una puerta secundaria, otros por el paso de carruajes sobre camiones, camionetas, autocares o a bordo de los dos autos blindados restantes. La mayor³-a llevaba mosquetes â##91 del siglo pasado, alguno llevaba en bandolera una metralleta moderna MAB,²⁴ y muchos llevaban en bolsas en bandolera bombas SRCM o granadas lacrim³genas. Los destinos de todos esos polic³as eran muy diversos. En particular, despu³©s de Â³rdenes precisas del comisionado Pelluso, un pelot³n, en el cual algunos hombres vest³an de civil y la mayor³ portaba uniforme, se dirigi³ sobre un autocar largo marca OM hacia la Plazuela del Nilo, solo distante un kil³metro de la Via Medina: sobre ese cami³n, en el puesto de copiloto, iba tambi³©n el presunto sargento mayor Gennaro Esposito.

El blindado al mando de D'Aiazzo volvi³ a partir, retumbando y petardeando, llevando detr³s a los seis patriotas a pie. El comandante Bennato lo conduc³ lentamente, no solo por la vetustez del veh³culo, sino para que los partisanos a pie, a los que serv³ un poco de baluarte, pudieran seguir el camino sin cansarse. Despu³©s del primer centenar de metros, uno de los seis, tras considerar la complexi³n diminuta de la joven, le ofreci³ cambiar la pesada MG por su fusil, pero ella se neg³, molesta, diciendo con la boca torcida Â«NaahÂ», lo que, vistas sus intenciones, deb³ significar que no.

Al acercarse a la Plaza de la Caridad, los once patriotas empezaron a o³r los tableteos de las r³fagas de ametralladora. Tras dos minutos, llegaron a sus o³dos ruidos de metralleta seguidos por una detonaci³n. Despu³©s de otro par de minutos, volvieron a sonar r³fagas de ametralladora cuyo crepitar se hac³a cada vez m³s fuerte, al irse acercando el blindado, ya casi junto a la plaza: era indudable que se estaba disparando all³-.

Vittorio orden³ a Bordin y a los agentes tomar las metralletas y estar preparados para disparar a su orden. Por su parte, se coloc³ detr³s de una ranura en la proa para observar el exterior, listo para ordenar hacer fuego.

Capítulo 6

El blindado llegó al paso desde la Vía Cesare Battisti a la Plaza de la Caridad.

El tanque alemán apareció en la espillera de proa, plantado inhumano a unos cuarenta metros a 45 grados a la derecha del vehículo italiano: era un carro Panther con una formidable coraza de 110 milímetros, armado con un cañón del 75 y dos ametralladoras MG, una en la torreta y otra en el cuerpo principal delantero, que hasta hacía poco habían estado vomitando fuego. Casi parecía a una bestia descansando después de un gigantesco esfuerzo. Era evidente por cuánto se había producido esa fatiga, ya que en el suelo yacían multitud de cuerpos ensangrentados de civiles de ambos sexos y todas las ventanas de los edificios que rodeaban la plaza estaban hechas añicos, mientras que los muros mostraban profundas mellas. Se podía apreciar, a la vista de un todoterreno Kfz belwagense semidestruido todavía humeante y de cuatro cadáveres carbonizados, uno dentro y tres en el suelo, que llevaban los cascos de la Wehrmacht ennegrecidos, que la represalia del carro alemán era posterior a un ataque contra el todoterreno con ceteles Molotov.

En el momento del ataque al Kfz belwagense, el Panther estaba patrullando la calle vecina de Formale. Su tripulación había oído dos explosiones, separadas por un par de segundos la una de la otra, y el jefe del carro, un comandante de carrera llamado Konrad Müller, había apreciado de qué dirección venían. A sus órdenes, el vehículo se haya dirigido a la Plaza de la Caridad. Al llegar, los soldados habían encontrado los restos de sus cuatro camaradas y la camioneta y ninguna persona en la plaza, ya que después de haber lanzado dos botellas incendiarias, una de las cuales había dado en el blanco, los autores del atentado habían huido mientras los residentes se habían refugiado en sus casas y tiendas, cerrando los portales y las persianas. El suboficial había ordenado sin remordimientos ametrallar las fachadas de los edificios que le rodeaban a la altura de un hombre y mientras tableteaban sus MG, había pedido instrucciones al mando a través de la radio. Le habían ordenado vengarse deteniendo civiles, diez por cada alemán muerto, y fusilarlos allí mismo. El cabo subcomandante del Panther y dos soldados habían bajado armados con fusiles MP80 y bombas de mano de modelo 24 y habían lanzado estas granadas contra persianas y portales, matando o hiriendo a quienes se habían refugiado dentro. El comandante Müller, en un párrafo italiano, había ordenado por el altavoz salir de las casas, ya que si no todas serían derrumbadas a golpe de cañón con sus residentes dentro. Había prometido que sólo los que allí estaban se presentaban ordenadamente a la escuadra alemana sólo serían interrogados y luego se les dejarían libres. Así que se habían reunido 42 personas, dos más del dúo de los alemanes muertos. Sin embargo, a pesar de que el cabo había comunicado el exceso de detenidos al jefe del carro, que entretanto había asomado por la torreta, la cantidad fue considerada adecuada por el superior, nazi convencido, aunque no era de las SS, y había ordenado «ajusticiarlos» a todos. Esos civiles inermes habían sido abatidos con ráfagas de metrallera. Una vez muertos, los carniceros habían subido a su tanque y el comandante había ordenado a las ametralladoras volver a disparar a su alrededor, esta vez apuntando a los pisos altos. Las ráfagas terroristas habían proseguido durante varios minutos mientras que el racista de Konrad Müller pronunciaba con odio, expresándose en su dialecto bávaro, expresiones que en nuestro idioma habían sonado así: «¡Italianos de mierda! ¡Bastardos traidores! ¡Raza de cerdos!»

El tanque de acero estaba a punto de reemprender su patrulla por las calles cuando había aparecido el vehículo blindado de otros italianos de mierda. Este era muy inferior al Panther tanto en blindaje como en potencia de fuego. El comandante Bennato sólo podía probar a dar marcha atrás rápidamente, con la muy débil esperanza de que el enemigo tuviera otras órdenes a cumplir de inmediato y no se preocupara por seguirlos: frenó de golpe, sin necesidad de recibir la orden, puso la marcha atrás y aceleró, mientras los seis patriotas a pie, al ver que el blindado empezaba a retroceder se echaron atrás precediéndolo en la retirada. Sin embargo, el vehículo pudo entrar

en Via Battisti solo en parte, porque el motor se calÃ³ y parÃ³ por la rÃ­pida maniobra y el blindado se detuvo con la parte anterior todavÃ­a expuesta al enemigo.

Contrariamente a la tenue esperanza italiana, en lugar de reemprender la patrulla por NÃ­poles, el comandante del Panther decidiÃ³ destruir el vehÃ­culo rebelde y ordenÃ³ al artillero apuntar levantando cero contra el agente del enemigo.

Vittorio, entreviendo por la tronera la torreta del tanque empezando a girar dirigiendo el caÃ±Ã³n hacia el blindado, gritÃ³ a los suyos que abandonaran el vehÃ­culo y se emboscaran en los callejones de la Via Battisti y, al dar la orden, Ã©l mismo se dirigiÃ³ a la salida, bajando el primero. Luego razonarÃ­a que, despuÃ©s de todo, retrasarse no habrÃ­a servido para que los demÃ¡s salieran mÃ¡s rÃ­pidos. En realidad, habÃ­a prevalecido sencillamente su instinto de conservaciÃ³n.

El disparo del caÃ±Ã³n retumbÃ³ un instante despuÃ©s de que el comandante Bennato hubiera salido el Ãºltimo. El proyectil explotÃ³ con precisiÃ³n en la parte expuesta del vehÃ­culo al que habÃ­a apuntado el artillero. Debido a esta explosiÃ³n tambiÃ©n estallÃ³ la bomba anticarro Panzerwurfmine que estaba antes en el Panzerfaust del granadero, arma que hasta un momento antes habÃ­a estado sobre su espalda pero que se habÃ­a quitado para huir mÃ¡s rÃ­pido. El blindado italiano fue lanzado hacia atrÃ¡s y se incendiÃ³, embistiendo y aplastando a los cuatro patriotas mÃ¡s cercanos, mientras esquirlas densas y grandes se proyectaban devastadoras a su alrededor. TambiÃ©n falleciÃ³ el comandante Bennato, que, golpeado en el cuello por una lacha ardiente, muriÃ³ por el golpe con la cabeza destrozada. El granadero fue destrozado por la bomba Panzerwurfmine y las esquirlas del Panzerfaust, del que estaba demasiado cerca. Los agentes Tertini y Pontiani, alcanzados en la espalda por multitud de fragmentos, murieron minutos despuÃ©s, desplomados sobre el adoquinado. Solo se salvaron al subcomisario, el brigada y la joven, que consiguieron entrar, apenas un momento antes de la explosiÃ³n, en el callejÃ³n mÃ¡s cercano. Al mismo tiempo, a causa del muy violento desplazamiento del aire, se derrumbaron los dÃ©biles muros externos de dos viejas edificaciones que se encontraban a los lados del blindado, arrastrando con ellos a los residentes y sepultÃ¡ndoles mortalmente. Vittorio y sus dos compaÃ±eros atravesaron corriendo el pequeÃ±o patio en el que se habÃ­an refugiado y, a continuaciÃ³n, pasando bajo un arco transversal en un muro, entraron en el patio de otro caserÃ­o. AquÃ­ la joven, que ya habÃ­a abandonado la ametralladora MG al principio de la precipitada retirada, se deshizo de las ristra de municiÃ³n que llevaba en bandolera y estaba a punto de dejar tambiÃ©n la bolsa con la radio, pero Vittorio le detuvo y, sin decir palabras, la puso a cargo del brigada.

âPodrÃ­a servirnos âdijo.

El trÃ­o volviÃ³ sobre sus pasos, pasando con cuidado de un del patio a otro y luego a otro hasta llegar a la Via del Claustro, desprovista de alemanes, que terminaba y todavÃ­a hoy termina en la Via Monteoliveto, donde vivÃ­a la joven. Era precisamente en su casa donde pretendÃ­a refugiarse. Por el contrario, los dos policÃ­as trataban de llegar a la Via Medina, siguiendo la Via Monteoliveto, mÃ¡s allÃ¡ del cruce con el Corso Umberto I, y volver a la comisarÃ­a.

Vittorio se asomÃ³ a la Via Monteoliveto y echÃ³ una ojeada a derecha e izquierda. AdvirtiÃ³ con decepciÃ³n que, no muy lejos a su derecha, en el cruce de la vÃ­a con el Corso Umberto I, habÃ­a un puesto de control de un pelotÃ³n de Waffen SS,²⁵ dotado con camionetas, motocarros y un caÃ±Ã³n anticarro automÃ³vil de 47 mm. PanzerjÃ¤ger, modelo anticuado fruto de la adaptaciÃ³n de un tanque todavÃ­a mÃ¡s antiguo y arma poco eficaz frente a los carros armados modernos, pero mortal contra vehÃ­culos no acorazados y edificios. Los vehÃ­culos habÃ­an sido aparcados por los alemanes uno detrÃ¡s del otro a lo largo del Corso Umberto I, en las intersecciones de este con Via Medina y Via Monteoliveto. Era evidente que el objetivo era impedir a los vehÃ­culos el ingreso en el corso o que lo atravesaran. Como el caÃ±Ã³n anticarro se dirigiÃ­a hacia Via Medina, Vittorio supuso correctamente que el objetivo del bloqueo era obstaculizar a vehÃ­culos y hombres que salieran de la comisarÃ­a. TambiÃ©n imaginÃ³ que, para impedir el paso de automÃ³viles en ambas direcciones, debÃ­a

haber otro puesto más al otro lado de la comisaría, cerca del punto donde se había desarrollado el combate de los patriotas con los granaderos alemanes.

Por tanto, ni hablar de atravesar el Corso Umberto I y unirse a los colegas que quedaran en la sede. Ahora se trataba de resguardarse todos en casa de la joven. Como el brigada iba de uniforme, antes de que el trazo se pusiera a la vista en la Via Monteoliveto con el riesgo de ser advertido por los alemanes, Dâ##Aiazzo pesÃ³ en dar al funcionario su chaqueta de lanital²⁶ totalmente gris, para que se la pusiera sobre la guerrera, escondiéndola algo y cubriendo la bolsa de la radio que, colgada del cuello, pendía delante del abdomen del suboficial. Así se hizo. Marino también ocultÃ³ en el pecho el gorro militar, bajo la guerrera y la chaqueta antes de abrocharse los botones.

La casa de la joven estaba a la izquierda de la Vía del Claustro al mismo lado de la Via Monteoliveto en la que desembocaba aquella. Los tres se colocaron a unos treinta metros uno de otro, con la joven por delante, después el brigada y por último el subcomisario. Como había recomendado este, caminaron lentamente, por si los veían los nazis del puesto de bloqueo, algo que era seguro, pero sin duda no despertaron sospechas, dado que ningÃºn alemán abandonÃ³ el cruce para detenerlos y verificar sus documentos.

El edificio era pequeÃ±o, con solo dos apartamentos encima, de los cuales el más aireado era el primer piso, con techos de tres metros, mientras que el otro, donde vivía la joven con sus padres, era un entresuelo de unos dos metros cincuenta. Estaba encima de una tienda en la calle que miraba a la Via Monteoliveto a través de una puertecilla a la izquierda del pequeÃ±o portal del edificio, todavía más a la izquierda, con una verja en ese momento con el cierre metálico echado. La casita era propiedad de un vendedor ambulante de fruta y verdura que vivía en el primer piso y utilizaba la tienda para su actividad mientras alquilaba el entresuelo a la familia de la joven.

La joven abrió el pequeÃ±o portal y entrÃ³ en este, que estaba a cerrado, dejando la puerta entreabierta y aguardando a sus compañeros. Entraba un poco de aire fresco por la abertura. Los dos hombres llegaron uno detrás de otro. Vittorio cerrÃ³ tras él la puerta e inmediatamente, con la joven a la cabeza, el grupo subió las escaleras que llevaban al entresuelo.

Como indicaba la placa junto a la puerta del apartamento, la familia se llamaba Scognamiglio. «Te apellidas Scognamiglio, ¿y tu nombre es...?» preguntÃ³ Vittorio a la joven. «Mariapia».

«Encantado, Mariapia» Le sonrió, abandonando la expresión preocupada que tenía en el rostro desde que salió de la comisaría. «Soy el subcomisario Vittorio Dâ##Aiazzo».

«Y yo el brigada Marino Bordin» intervino su ayudante, permaneciendo muy serio, al contrario que su superior, casi altivo, evidentemente orgulloso de su grado.

Aunque las facciones de Mariapia no se mostraban ya ceñudas, el rostro no se le había tranquilizado: su expresión había pasado de tenebrosa a triste.

Abrió la puerta de la casa con su llave, que llevaba en un portamonedas de tela de cáñamo en el único bolsillo profundo de su falda grisácea de cafioc,²⁷ sostenida por un cinturón negro opaco de cuoital,²⁸ sobre la que llevaba una camiseta de color azulado también de cafioc. La joven llevaba en los pies calcetines grises de lanital dentro de dos botas negras de coriaclel,²⁹ con las suelas de goma igualmente negras extraídas de viejas cubiertas de automóvil directamente por el artesano fabricante.

Como observaron los dos policías, el apartamento tenía tres espacios y un corredor. Este, de un par de metros de largo, recorría la casa en toda su longitud, terminando en un ventanuco sin postigos. Las tres habitaciones estaban a la izquierda de la entrada, en ese momento tenían las puertas cerradas, pero, como se intuía desde allí, asomaban a la Via Monteoliveto. A la derecha había un balcón que flanqueaba el pasillo y quedaba por encima de un espacio de huerta tan largo como el edificio y con el triple de profundidad, con manzanos y ciruelos desperdigados, abundantes hortalizas y tres filas cortas y paralelas de viñas: también esa porción de tierra pertenecía-

a al vendedor ambulante. En un extremo del balcón, a la izquierda de quien saliera fuera por la única puerta-ventana, en el centro del pasillo, había una caseta de madera que, como intuyeron los invitados, alojaba el retrete doméstico.

Se había oído a alguien moverse en la habitación más cercana a la entrada, que resultaría ser una cocina-comedor.

¿Quién está ahí? preguntó Vittorio a la joven.

Sin responderle, Mariapia entreabrió apenas un tercio de la puerta y entró en el espacio, cerrándola tras de sí. Se oyó un parloteo incomprensible. Luego la puerta se volvió a abrir, esta vez del todo, y la joven salió junto con sus padres.

Su padre, Antonio Scognamiglio, se encontró con los acogidos con la frente fruncida por la inquietud, los ojos fijos en las botas y los pantalones de Bordin, con su evidente banda fucsia. El malestar manifiesto de dueño de la casa se acentuó cuando, un momento después, el brigada se quitó la chaqueta de Daiazzo, mostrando así su graduación cosida a las mangas de su casaca. Sin embargo, el padre de Mariapia era esencialmente un buen hombre. Su recelo no lo causaba por tener algo que esconder a la justicia, sino por el hecho de que tenía desde niño, como es habitual entre la clase popular napolitana, un sentido de gran prudencia, por no decir de desconfianza, hacia las autoridades grandes y pequeñas, transmitido de generación en generación con el recuerdo atávico de la prepotencia de los birri y los demás funcionarios públicos de los reyes borbones. El hombre era bastante pequeño, unos quince centímetros más bajo que Vittorio, tenía manos callosas, era delgado como Mariapia y llevaba una cabellera frondosa, en un tiempo negra como la de la hija, pero ahora blanca, a pesar no tener más que cuarenta y ocho años. También su rugoso rostro hacía que su aspecto fuera envejecido, como el que aparece en los marineros y pescadores después de años en el mar por la continua exposición al sol y la salmuera. Y de hecho había ejercido, en naves de altura, la apreciada profesión de pescador jefe, como todavía constaba en su documento de identidad. Pero hacía catorce meses, como había confiado casi de inmediato a los alojados para justificar su estancia en casa, había perdido el trabajo, después de tres decenios en el mismo pesquero, primero como grumete, luego como pescador experto y finalmente como pescador jefe. Explicó que había perdido todo dramáticamente en julio de 1942 por el naufragio de la embarcación, destrozada por una bomba de un cazabombardero de la armada inglesa De Havilland Sea Mosquito, cuyo estilizado perfil, visto desde abajo, era muy conocido por los marineros italianos porque se anunciaba en los puertos: Antonio había sido el único superviviente de la matanza, porque, buen nadador, se había lanzado al agua en cuanto había visto la silueta abalanzarse sobre el pesquero. Fue rescatado por un destructor de la Marina Regia italiana, en ruta hacia el puerto de Nápoles, que pasaba por fortuna por el área náutica del naufragio apenas unas diez horas después, siendo todavía de día y, para más fortuna, estando de guardia en el destructor un ojeador de primera clase,³⁰

Конец ознакомительного фрагмента.

Текст предоставлен ООО «ЛитРес».

Прочитайте эту книгу целиком, [купив полную легальную версию](#) на ЛитРес.

Безопасно оплатить книгу можно банковской картой Visa, MasterCard, Maestro, со счета мобильного телефона, с платежного терминала, в салоне МТС или Связной, через PayPal, WebMoney, Яндекс.Деньги, QIWI Кошелек, бонусными картами или другим удобным Вам способом.